

empuja hacia una búsqueda de justicia, de bienestar, pero olvida demasiado que un elemento importante de la justicia es la diferencia. La teleología proyecta nuestros signos culturales en el futuro, pero tiende a convertirlos en un mecanismo empobrecedor al dictado de un espíritu absoluto del que algunos espabilados se otorgan el don de hermeneutas mayores.

Por otro lado, ¿cómo se puede abolir la historia si el hombre mismo es historia? La historia es, por definición, el mundo de los otros, el mundo con los otros; y las respuestas que damos a la historia como noción son en sí mismas significativas, de ellas podemos deducir cuál es nuestra relación con los otros y con nosotros mismos.

El siglo XIX fue un siglo volcado hacia la historia: erudición e investigación sobre el pasado de la humanidad, desenterramiento de las fuentes, estudios generales sobre pueblos y civilizaciones (Mommsen, Burckhardt, Alexis Tocqueville, Michelet, etc.). La historia de la humanidad adquirió perspectiva, y con la luz de los descubrimientos científicos y las ideas positivistas no tardó en creerse de manera enfebrecida en el progreso de la humanidad, creencia que se haría extremadamente patente (en ocasiones, patética) en los Estados Unidos, un pueblo lanzado hacia el futuro. Esta idea ya estaba en el Renacimiento, momento primero del mundo moderno en el que la vida humana se seculariza hondamente, aunque, siempre, con tensiones entre lo religioso y lo histórico. El siglo XIX había sido impulsado por las revoluciones francesa y americana hacia la perfectibilidad del hombre. Creer en el progreso de la humanidad, idea que tuvo defensores en el siglo XVIII, como Condorcet y, de manera distinta, Montesquieu y Voltaire, supone un cierto optimismo respecto a la naturaleza humana: creer que la razón, la moral, la técnica, forman parte del lado luminoso que constituye al hombre y que es la fuerza determinante. El avance de la medicina, de la tecnología y de las ciencias en general, situaba al hombre del siglo XIX en una postura aparentemente ventajosa frente a lo que sabía de los hombres del pasado. La lejana polémica entre Antiguos y Modernos, se inclinó claramente por atribuir al recién nacido un grado de evolución positiva mayor que a sus abuelos. El exaltado amor a la historia (y a las ciencias) se convirtió en historicismo: el hombre es un ser histórico y la historia es perfección. Claro que todo esto que decimos se vería contradicho por las obras de algunos poetas románticos y pensadores pesimistas y escépticos. La historia de la poesía desde el prerromanticismo, como ha mostrado Paz en *Los hijos del limo* es, en este sentido, la historia de la crítica de la modernidad. Volviendo al sentido de la historia, si los judeocristianos habían señalado que habría un final de la historia, final olvidado entre los intersticios de los siglos, en el XVIII y XIX se comienza a hablar de progreso indefinido, y no tardaría en llegar la figura central que fue Marx. Para él «la naturaleza real del hombre es la totalidad de las relaciones sociales» y diagnosticó que el mal del hombre en la sociedad de su tiempo era la alienación, enfermedad endogámica del capitalismo. Es curioso, los descubrimientos técnicos agilizaron la producción, se comenzó a trabajar en cadena, a especializarse cada vez más, y todo ello aumentó el bienestar del consumidor, pero la produc-

ción en serie deshumaniza a los hombres y mujeres que trabajan en ese sistema de producción. Lo que Marx e, inmediatamente, los marxistas, vinieron a decir respecto al tema que nos interesa, es que hay una cadena de etapas históricas cuyas leyes son económicas que no se pueden saltar, pero sí provocar. Estas etapas irían del comunismo primitivo al capitalismo avanzado que, al disiparse en sus propias contradicciones internas, daría paso al socialismo, una sociedad sin clases y sin contradicciones a la que se habría llegado a través de una clase elegida, el proletariado, el encargado de la redención de la historia. Muchas veces se ha señalado la analogía con la misión que el antiguo testamento atribuye al pueblo de Israel y no voy a insistir en este punto: la historia del mesianismo siempre parece dispuesta a reaparecer, y está en relación con el monoteísmo: un solo Dios, un solo pueblo, un solo hombre.

El socialismo llegó a absorber la idea cristiana de la salvación y, en el siglo XX se ha podido ver que había un paso del cristianismo al comunismo, de la religiosidad a la aparente secularidad del marxismo. Recuérdese que Dios encarnó en Cristo, en un ser histórico, para salvar a la humanidad, para salvarla de la muerte, es decir, de la misma historia. Marx no prometió tanto, aunque sí un cambio que afectaba a la ontología humana: el fin de las contradicciones sociales es, si se define, como él lo hizo, a la naturaleza humana como eminentemente social, un cambio que afecta al ser mismo del hombre. No habló de la muerte ni del amor ni de otras pasiones por no considerarlas, tal vez, motor de la sociedad, y consideró a la religión como un opio que no cura la enfermedad, sólo actúa como paliativo, como olvido. Tanto el cristianismo como el marxismo —como ha señalado Mircea Eliade— expresan el mito asiático-mediterráneo del justo, el redentor, el elegido, el inocente, el mensajero cuyos sufrimientos están llamados a transformar nuestra condición.

Pocos años después, Sigmund Freud diagnosticaría de manera más pesimista que Marx, pero similar al cristianismo, que el hombre es un ser enfermo desde el origen. La idea le venía de otro pesimista, Nietzsche, que habló de la «enfermedad llamada hombre». No es casualidad que la filosofía de éste tuviera orígenes fuertemente cristianos y que se hubiera desarrollado *contra* el cristianismo. La noción del hombre como naturaleza caída, como estar en falta, es el equivalente de esos significados modernos.

Como consecuencia del fracaso del comunismo, los revolucionarios que proyectaron su fe de una Edad de Oro en el futuro, miran ahora hacia el tercer mundo y hacia la naturaleza con culpa y nostalgia. No sabemos qué están tratando de decir, pero esa Edad de Oro que los antiguos vieron en el pasado parece que vuelve a surgir situada en el mismo extremo temporal. Más que tener razón, creo que son un síntoma. Su condenación de las democracias capitalistas —que por otra parte han realizado en su gran mayoría las reivindicaciones más importantes del socialismo— carecen, por regla general de sensatez política, de una mínima coherencia. Otras voces hablan por sus bocas, pero lejos de interrogarlas quieren creer que es la voz propia, como antes eran la voz epónima del pueblo. La mayoría de este coletazo de antiguos defensores de las políticas de los países del Este y de su exportación a Latinoamérica y

otros lugares, manifiesta una abierta esquizofrenia: por un lado, hacen una crítica claramente puritana de las democracias capitalistas y sienten una fascinación extraña por la pobreza; por el otro, disfrutan con una insistencia alarmante de la abundancia. Culpan a los gobiernos, señalan allí y allá, pero jamás ponen a sus propias vidas en cuestión. Son adoradores de Manes y ven, desde su incuestionable claridad, en el otro lado, las tinieblas. La moral de austeridad y solidaridad es, en su caso, una moral no una ética, unas normas para los otros. Puritanismo e hipocresía.

Ahora bien, el progreso nos ha llevado a una aceleración tecnológica puesta al servicio de un consumo desorbitado, a la fabricación de armas que, realmente, pueden acabar con la humanidad; pero la destrucción no es prioritaria de las sociedades capitalistas. Las causas tal vez se hallen en la aceleración de la historia desde un punto de vista de la producción y el consumo circular: aspiramos a todo tipo de cosas que se nos deshacen entre las manos y salimos desesperados a por nuevas provisiones de esto y de lo otro. Sólo somos fieles al cambio, a la búsqueda de lo nuevo, o de lo muy viejo (que es otra forma de novedad). No es que debamos aspirar a la pobreza sino a ser dueños de nuestra riqueza y a valorarla en relación a la felicidad que nos aporta y no como un valor no sometido a sospecha. De nada nos vale satisfacernos si se convierte en acumulación; el placer no es acumulativo sino selectivo. En un mundo lleno de cosas debemos aprender a quedarnos vacíos. La acumulación está lejos del bienestar y está, sobre todo, lejos de una vivencia intensa de la vida. Hemos metido muchas cosas en poco tiempo. Y, sin embargo, tenemos la oportunidad de abrir el cauce del tiempo. Estamos a punto de hacer volar este mundo y, paradójicamente, a punto de abrir un verdadero espacio en él. Poco a poco se han derrumbado los absolutos, las creencias, los dogmatismos, las vías únicas. Hemos alcanzado un alto grado de escepticismo, pero, también, un alto grado de pulsiones repetitivas. Las sociedades tecnológicas han alargado todos nuestros miembros, pero no han dado más vida a nuestros sentidos. El problema de la tecnología es que no responde a nuestras preguntas fundamentales. Es cierto que nos ayuda a vivir, pero deberíamos conocer nuestros propios límites en relación a las ofertas de sus mecanismos. La técnica, diosa de nuestros días, no responde a las preguntas, formuladas o informadas, que nos hacemos sobre los límites de nuestra condición, el amor, la muerte, la naturaleza del deseo. Unas estadísticas recientes indicaban que el 30 por ciento de las viviendas de la ciudad de París están habitadas por una sola persona, y esta cifra llega al 50 por ciento en algunas capitales de países nórdicos. Se está creando un comercio especial para estos solitarios con el fin de satisfacer sus ocios, disuadir sus temores, paliar sus angustias, procurarles ilusiones. Y sucedáneos de los otros y de lo otro, que es en realidad lo que han expulsado de sus vidas. El difícil substraerse al pensamiento que estas estadísticas significan que hay una expulsión del otro en nuestra vivencia más inmediata. Inmediata y mediata.

Quiero decir con este solo ejemplo que el siglo de las conexiones (entre países, culturas, razas, lenguas) y de la universalidad (a través de la prensa, de la radio y la

televisión cientos de millones de personas leen, oyen y ven los mismos acontecimientos) la soledad, la desconexión de los otros y de nosotros mismos es proporcional a nuestro progreso social. Esta es una de las paradojas de este fin de milenio: la unidad enajenada, a la que podríamos dar otro nombre más melancólico, la enajenación razonable. Porque este tiempo que vivimos, hijo de los logros del Renacimiento, de la Reforma, con un personaje molesto y contradictorio que ha sido el Romanticismo (otra erre) es heredero de la razón endiosada a finales del XVIII al mismo tiempo que de la Revolución. Siglo que todo lo piensa y al que le nacen monstruos, a veces realmente lamentables, que hemos disfrazado con los más pulcros trajes, a los que hemos enseñado buenos modales y cursos sangrantes de «teleología» e «ideología». Son monstruos que surgen entre chip y chip para recordarnos que las realidades reprimidas adoptan las más disímiles formas para reclamar su presencia.

Hay un cuerpo primero, una realidad de fondo, no en otro tiempo, sino en el tiempo de todos los días, que en cuanto nos descuidamos cruza nuestra piel recordándonos algo. ¿Pero qué nos recuerda? Recordar pasa por el corazón, es un despertar en acuerdo con el corazón. Creo que no está mal traer a colación las palabras últimas de Freud de *El malestar en la cultura*, escritas en 1931: «A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por las circunstancias de sí —y hasta qué punto— el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción. (...) Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas “potencias celestes”, el eterno Eros, despliegue su fuerza para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario». Cuarenta años después Norman O. Brown contestaría diciendo que ese otro inmortal adversario, el instinto de muerte, no puede ser aniquilado ni vencido sino incorporado. La muerte no puede ser expulsada, la muerte debe ser reconciliada. Y en eso estamos.

Juan Malpartida